

Enrique López Mesa: editor, gestor y promotor de la revista *Santiago*

Eliannys Zamora Arevalo

La revista *Santiago* es una publicación de carácter académico de la Facultad de Ciencias Sociales en la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba, editada por la Dirección de Ciencia, Tecnología e Innovación. Su perfil se orienta hacia el campo de las ciencias sociales y humanísticas, aunque admite la fundamentación teórico-social de los estudios de las ciencias técnicas. Fundada el 15 de diciembre de 1970, inicialmente en formato impreso, como un renuevo de la precedente *Revista de la Universidad de Oriente* –que había existido entre 1960 y 1962– y con el propósito de llenar una necesidad cultural, tanto de la Universidad como de la antigua provincia oriental.¹

Los intereses de *Santiago* se encuentran en diversas temáticas de la Sociología, la Filosofía, la Psicología, el trabajo social, el Derecho, la Historia, la Lingüística y la Economía que serán

¹ Estos datos fueron ofrecidos por el investigador y primer editor de la revista *Santiago*, el Dr.C. Enrique López Mesa en un texto escrito para ser leído en la Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, el 24 de noviembre de 2015, en un panel conmemorativo de los 45 años de la fundación de la revista *Santiago* (inédito).

agrupados en cada número de acuerdo con las secciones fijas de la revista y temas que se seleccionen de antemano. Está dirigida, fundamentalmente, a un público formado por profesionales e investigadores cubanos y extranjeros. Se plantea como objetivo favorecer el intercambio científico y la divulgación de las actividades de los especialistas vinculados a las ciencias sociales y las humanidades con la misión de difundir las experiencias y resultados investigativos en estos campos disciplinares mediante artículos de investigación, ensayos científicos y revisiones.

Enrique López Mesa (La Habana, 1944 – 2018) era Licenciado en Historia por la Universidad de La Habana e Investigador Auxiliar. Fue autor de los libros *Algunos aspectos culturales de la comunidad cubana de New York durante el siglo XIX* (2002)² y *José Martí: editar desde New York* (2012),³ que recibió el Premio Anual de Investigación Cultural que otorga el Instituto Juan Marinello.

Colaboró con obras colectivas como *Imágenes e imaginarios nacionales en el Ultramar español* (Madrid, 1999),⁴ *La Habana, puerto colonial (siglos XVIII-XIX)* (Madrid, 2000); y *El periodismo como misión* (La Habana, 2002 y 2012).⁵ Sus trabajos se publicaron en las revistas cubanas *Casa de las Américas*, *Temas*, *Catauro*, *Debates Americanos*, *Santiago*,

²Algunos aspectos culturales de la comunidad cubana de New York durante el siglo XIX, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2002.

³*José Martí: editar desde New York*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2011.

⁴“Historiografía y nación en Cuba”, en Consuelo Naranjo Orovio y Carlos Serrano (corredactor): *Imágenes e imaginarios nacionales en el Ultramar español*, Madrid, Casa de Velázquez, Colección Tierra Nueva y Cielo Nuevo, 1999.

⁵Colectivo de autores: *El periodismo como misión*, La Habana, Editorial Pablo de la Torriente, 2002.

Damaris A. Torres, Israel Escalona y Manuel Fernández

Anuario del Centro de Estudios Martianos, Revista de la Biblioteca Nacional José Martí y Calibán. También en las revistas Sotavento y Chacmool (México), Rábida, la Revista de Dialectología y Tradiciones Populares (España) y la Revista Brasileira do Caribe.

Preparó el tomo 17 de la Edición Crítica de las *Obras completas* de José Martí y el tomo 22 de la misma obra, junto a Marlene Vázquez Pérez. Fue ponente en eventos internacionales celebrados en La Habana, Santiago de Cuba, New York, Santiago de Chile, Bahía Blanca (Argentina), Madrid y Las Palmas de Gran Canaria. Ha dictado conferencias en San Sebastián, Sevilla, Santiago de Chile, La Habana y Santiago de Cuba. Integró el grupo de asesores de la exposición “Nueva York”, montada por la New York Historical Society e inaugurada en esa ciudad en septiembre de 2010. En 2006 obtuvo el Premio de Ensayo de la revista *Temas* y en 2012, su libro *Tabaco, mito y esclavos* recibió mención en el Concurso de la Uneac.

Por su notable contribución al desarrollo científico en Cuba, en particular por los años consagrados al trabajo en la revista *Santiago*, me permito transcribir un testimonio que el propio autor me enviara para ser leído en la Universidad de Oriente, el 24 de noviembre de 2015, como parte del panel conmemorativo por el 45 aniversario de la fundación de *Santiago*.

Circunstancias ajenas a su voluntad le impidieron asistir al evento. Sirva pues la publicación de este texto como homenaje no solo a la revista *Santiago* que cumple en 2020 cincuenta años de fundada, sino, además, a quien fuera miembro del equipo de redacción en sus inicios y consagrado editor durante más de dos décadas.

Notas para una historia: testimonio de Enrique López Mesa

Durante un período de mi vida fui parte de esta empresa cultural que es la revista *Santiago*. Le consagré 22 años de trabajo. Parece mucho, pero es menos de la mitad de los 45 años de existencia de la revista. Por tanto, en estas notas solo puedo abordar someramente aquellos años y nada puedo decir del trienio inicial de la revista, ya que por entonces yo era apenas un lector habanero de sus páginas. Tampoco puedo aportar nada sobre su andadura posterior al 31 de diciembre de 1996, fecha oficial de mi baja, aunque durante los cuatro años siguientes continuara siendo formalmente miembro de su Consejo de Redacción.

Todos sabemos que la revista *Santiago* surgió en 1970, como un renuevo de la precedente *Revista de la Universidad de Oriente* —que había existido entre 1960 y 1962— y con el propósito de llenar una necesidad cultural, tanto de la Universidad como de la vieja provincia oriental. Al profesor panameño Nils Castro —quien ya había participado en la tarea editorial de la revista anterior— le correspondió ser el primer director de la nueva revista. Él y su equipo tienen el mérito de haberle dado a esta su impulso inicial y haberle ganado un espacio dentro del ámbito cultural nacional. Además, es bueno aclarar el detalle de que fueron ellos los que prepararon el número especial dedicado a la lucha clandestina en Santiago de Cuba, número que después apareció bajo la segunda dirección.

Me vinculé extraoficialmente con la revista *Santiago* a partir de su número 13-14 correspondiente a diciembre de 1973 y marzo de 1974, y aparecí ya “oficializado” en el machón del número 15, de junio y septiembre de 1974. La revista aún era parte de su natal Departamento de Extensión Universitaria y allí

me incorporé al equipo que dirigía Miguel Ángel Botalín. La Secretaria de Redacción era Bertha del Castillo y también lo integraban mi vieja amiga Ana Ortega, María Socarrás, René Muiño y Ricardo González Mata. Después, su composición fue cambiando con el tiempo. Unos se fueron y otros llegaron, como es normal. De los últimos, recuerdo a Enriqueta Aguiló, Nora Riquenes, Griselda Simón y Anne Blanco. Algunos estuvieron poco tiempo, pero hubo uno que fue duradero y que desempeñó un papel importante en la revista: el poeta y narrador manzanillero Luis Carlos Suárez Reyes.

Mi misión fundamental estaba en la capital. Allí me hallaba a cargo de todas las tareas editoriales, industriales y comerciales de la revista en esa ciudad. Desde su segundo número, la revista se imprimía en el ahora desaparecido Taller 04 “Urselia Díaz Báez”, del Instituto Cubano del Libro, y su comercialización corría por parte de una empresa del Ministerio de Comunicaciones, cuyo nombre fue cambiando con el tiempo. Primero se llamó Distribuidora Nacional de Publicaciones, después COPREFIL, después COPRETEL, y ahora Correos de Cuba. En sentido general, mi contenido de trabajo iba desde gestionar una colaboración con un autor hasta entregarle el ejemplar impreso de la revista, incluida la revisión editorial, pero lo más difícil era lidiar con la imprenta y sus incumplimientos. Es bueno señalar que la base industrial siempre pesó sobre el desempeño de la revista. Nunca pudimos elegir la imprenta, siempre nos la asignaron.

En aquellos años el papel decisivo en la revista lo tuvo su director, Miguel Ángel Botalín, quien era parte de la cultura santiaguera. Después del triunfo revolucionario había presidido el Consejo Provincial de Cultura de Oriente y posteriormente había desempeñado otras funciones en el Comité Provincial del Partido. Él —con su agudo olfato político— le imprimió un giro a la línea editorial de la revista que es fácilmente advertible para

quien revise la colección. José Antonio Portuondo –uno de los más relevantes intelectuales cubanos del siglo xx, quien fuera rector de esta Universidad– supo delinear atinadamente ese cambio:

[...] resulta inocultable cierta diferencia de tono, de énfasis más bien, entre la etapa inicial, que comprende los doce primeros números, que muestran una inquietud mayor por temas contemporáneos de amplia resonancia universal: semiótica, estructuralismo, etc., sin olvidar los temas políticos e históricos, que ocupan números enteros o porciones importantes de los mismos, y el resto de los aparecidos hasta hoy [*i.e.* 1980], en los cuales, sin desdeñar los problemas universales, se ha venido haciendo énfasis en la investigación y el análisis histórico y sociológico de los problemas cubanos y latinoamericanos, con no poca insistencia en el proceso local, santiaguero.⁶

Y así fue, en verdad. Con Botalín la revista se acercó más a los temas cubanos, sobre todo a nuestra historia. Se abrió más espacio a la creación nacional y local. El objetivo era dedicarnos a lo nuestro, a lo permanente, eludiendo las pasajeras modas intelectuales. En lo que a historia se refiere, la prioridad fue la historia local, seguida por la historia de la antigua provincia de Oriente y después por la historia nacional. No admitíamos colaboraciones sobre historia de otras provincias. Tuve que devolver artículos a renombradas personalidades por tratar sobre temas específicos de la historia de La Habana o de Camagüey.

⁶ José Antonio Portuondo: “Décimo aniversario”, en *Santiago*, no. 38-39, Santiago de Cuba, junio y septiembre, 1980, p. 10.

Lo mismo hacíamos con los otros géneros, incluida la creación literaria. Si no se publicaron más textos de autores santiagueros fue porque no llegaron a nosotros o porque no tenían la calidad suficiente.

En 1976, Botalín fue trasladado a La Habana, para ocupar un cargo en el entonces flamante Ministerio de Cultura, pero continuó dirigiendo la revista hasta 1978, cuando la dirección pasó a manos de Isabel Taquechel Larramendi. Ella hizo todo lo posible por continuar la línea trazada por su predecesor y en 1992 la sucedió el profesor Rafael Soler Martínez, quien desempeñó el cargo hasta su fallecimiento en el año 2000. Soler mantuvo la misma tónica antes mencionada.

A fines de su primera década de existencia, la revista *Santiago* tuvo que afrontar una contingencia adversa. En el año 1978 fue aprobada por la Asamblea Nacional la Ley del Derecho de Autor. El panorama editorial cubano cambió por completo. Hasta entonces se había trabajado *gratis et amore*. A partir de ese momento había que pagar y así lo hicieron todas las revistas y editoriales del Ministerio de Cultura. Sin embargo, las autoridades que regían el sistema de la Educación Superior decidieron que ninguna revista o editorial universitaria retribuiría esos derechos. Esto nos puso en desventaja respecto al resto de las publicaciones periódicas del país.

Me tocó la tarea de informar –nunca de justificar– a los autores occidentales aquella ilegal decisión y, a la vez, de convencerlos para que siguieran colaborando gratuitamente con nosotros. Afortunadamente, el flujo de artículos no decayó, gracias a ciertas ventajas que les brindaba la revista *Santiago*:

En primer lugar, aparecía trimestralmente. Nunca salía en la misma fecha que decía el machón, sino uno o dos meses después, ¡pero salía!, a diferencia de otras que competían con la *Bella Durmiente*.

Segundo: no fijábamos a los autores ningún límite de páginas. Si los artículos eran muy largos, los dividíamos y los publicábamos en dos números.

Tercero: cuando aparecía un número, me ocupaba de entregar personalmente a cada autor veinte ejemplares. Durante varios días cargaba con aquellos paquetes en las guaguas habaneras, para que los colaboradores se sintieran reconocidos y continuaran publicando con nosotros.

Otra ventaja era que nuestra revista tenía una buena circulación y se vendía en todos los estancillos de prensa de la Isla. Además, la salida de cada número era anunciada en el periódico *Granma*, con una reseña de su contenido.

Por otro lado, nuestra revista llegaba a no pocas bibliotecas del extranjero, gracias al canje que desplegaban tres instituciones: la propia Universidad de Oriente, la Biblioteca Nacional José Martí y la Biblioteca Nacional de Ciencias Sociales del Citma. Y llegaba en tiempo y forma. Eso lo pude comprobar en conversaciones con responsables de canje de universidades norteamericanas y en mis visitas a algunas bibliotecas españolas.

Es decir, con estas ventajas pudimos compensar la falta de la debida remuneración autoral. Los autores lo comprendieron así y continuaron colaborando gratuitamente, pues se sentían respetados y considerados.

En una fecha que no recuerdo con exactitud, pero que fue en los años ochenta, la redacción de la revista fue trasladada para la Dirección de Información Científico-Técnica (DICT). Allí tuve nuevos colegas, como Nora Núñez Gollot, Irma Wettlin Moreno, Zoila Hernández Abreu y Gisela Hernández.

El traslado para la DICT llevó aparejado el paso de la parte industrial para la llamada Empresa Nacional de Producción de la Educación Superior, a partir de 1987. Ambos hechos

marcaron el inicio del declive de la revista. Por un lado, la ENPES tenía que justificar el desacierto de haber adquirido en la República Federal Alemana un costoso equipo de fotocomposición marca Fox, que en el momento de su adquisición ya era obsoleto. Mermó la calidad de la presentación de la revista y se dilató su frecuencia de aparición. Pero, mal que bien, allí se imprimió hasta su número 77, en 1994.

Por otro lado, al pasar a la DICT de entonces, la revista quedó subordinada administrativamente a personas ajenas por completo a la cultura cubana, que no tenían la menor idea de lo que era nuestro trabajo y que, sin embargo, tomaban decisiones sobre él. Pareciera que Felipe II hubiera escapado del Pudridero del Escorial y se pasara por la loma de Quintero. La revista, sus sucesivos directores y su equipo editorial fuimos víctimas de una burocracia mediocre, inmovilizadora y asfixiante. Ese es uno de los grandes males de nuestro país: personas incompetentes que ocupan cargos para los cuales no son idóneos.

En una fecha que nunca ha sido precisada oficialmente, comenzó el tristemente célebre Período Especial y todo empeoró para todos. La mayoría de las revistas cubanas quedaron en precario. No obstante, en el momento en que algunas desaparecieron, el Ministerio de Educación Superior tomó la sabia determinación de mantener todas las revistas universitarias con recursos propios, y la nuestra se continuó imprimiendo en el taller de la ENPES.

Pero en el año 1995, los vaivenes burocráticos y los azares del Período Especial llevaron de vuelta la revista a la imprenta de la Universidad de Oriente. Era el regreso a los orígenes. Allí se comenzó a imprimir a partir del número 78. Esto significó la reincidencia en un error y marcó el principio del final de la edición impresa. Se sabía de antemano lo que aquello representaba, pues

ya había ocurrido en 1970; pero se hizo. También por “razones” burocráticas, como si la burocracia estuviera dotada de razón.

Hasta aquí me he limitado a trazar el contorno histórico de los años en que participé del quehacer de la revista *Santiago*. Lo posterior es otra historia. Una historia en la cual no figuré y, por supuesto, corresponde a otros hablar sobre ella. Tengo noticias de que en los últimos años se han presentado algunos trabajos de diploma y maestría y se han publicado artículos sobre la trayectoria de la revista. Confieso que no los conozco. Solo he estado al tanto de los trabajos de maestría de los compañeros Liésmer Navarro Álvarez y Sonia Sánchez Santiesteban. Confío en que, con el paso del tiempo, esos estudios se incrementen.

En fin, creo que todo pudo haber sido mejor. Ya he explicado algunas de las razones que lo impidieron. Mi recompensa personal será que los números de aquellos años constituyan una fuente de consulta para las actuales y venideras generaciones de investigadores que se adentren en el conocimiento de la cultura cubana.

El trabajo encomiable que realizara Enrique López Mesa por la divulgación y desarrollo científico técnico de la revista *Santiago* es de gran valor y queda como paradigma de quien fuera un eficiente editor, gestor y promotor de la publicación universitaria.